

# La pura mujer sobre la tierra<sup>1</sup>

*Rómulo Gallegos*

Al comprometerme a dictar esta charla, que no trae aspiraciones a sesuda conferencia, acerca de la mujer en mis novelas, no se me ocurrió por el momento título bajo el cual se pudiera enunciar y así la escribí hasta la última frase de ella, que es, precisamente, el título bajo el cual la traigo aquí. Pero esto no les causará extrañeza a mis oyentes que sean lectores de novelas modernas, pues la moda reinante hoy es que los libros se llamen de cualquier modo, como a última hora se le ocurra al autor, con la añadidura de que parece que mientras menos relación visible tenga el título con el contenido de la obra, no sólo es más sugestivo aquél, sino que resulta más interesante el libro mismo. Por todo lo cual me ha parecido conveniente ponerme a la moda, de una vez.

Completa, total satisfacción de amores propios –los confesables y los que generalmente nos callamos– me procura esta oportunidad que tan gentilmente se me ha brindado: legítimo orgullo del honor que se me hace al prestármese atención en este distinguido centro de la cultura de la mujer cubana y ocasión de hablar de mí mismo. ¿Habrà cosa que nos guste más, aunque no siempre lo confesemos?

¿Porque, de quién, realmente, si no de mí mismo, algo, les diré esta tarde cuando de mis hechuras literarias hable? Pero como esto no es admisible en buena sociedad sin previa petición del permiso de los oyentes, yo les suplico que me consientan algo a propósito del autor mismo, antes que de sus hechuras. Cosa que, por lo demás, no deja de ser conveniente para la mejor comprensión de ellas.

Y lo primero sea esto: cuando me apuntaba el bozo, cuando se me desafinó la flauta de la voz niña y al querer hablar ya como hombre se me escapaban gallos, yo recorrí senderos místicos, contemplando las hermosuras con que auroras y crepúsculos de la crítica transición espi-

<sup>1</sup> Conferencia ofrecida por Rómulo Gallegos en el Lyceum, con motivo del «Día de las Américas».

ritual me pintaban los cielos y cuando ya así se me había formado el sentimiento religioso de la vida, pero al mismo tiempo convicción de que en santo no podría parar, por más que me lo propusiera, torcí de pronto el rumbo y bajé la mirada a las hermosuras de la tierra: el apacible valle, el empinado monte, el dorado sol de las alegres mañanas y las moradas sombras de las tardes melancólicas. Eché mano a la paleta para hacerme pintor de aquellas bellezas, pero no acerté con los colores sobre el lienzo; enderecé el oído hacia las dulces melodías y las majestuosas armonías del recogido bosque en el cangilón del monte y de los vastos espacios inmensos de mar o llanura, con todo lo cual iba girando la tierra sonora entre los astros silenciosos; pero el ambicioso músico se me quedó dormido a las primeras escalas.

— Bueno —díjeme—. Seré literato, entonces.

Y aquí me tienen ustedes, con mis fracasos auestas.

¡Ah! Se me olvidaba contarles otro.

Fue que yo era un niño y llegaron los días de recordar al que nació en Belén de las pasiones y como a una primita mía le habían regalado un nacimiento, con todo y mula y buey y corderos, mientras que a mí nada, porque en casa se había metido la pobreza y no estaban mis padres para más nacimientos, yo me encaré con mi problema económico y sintiéndome adentro todo un escultor, me dije:

— No importa. Me lo haré yo mismo.

Y me fuí al corral de casa, amasé una bola de arcilla y me dispuse a sacarle borreguitos. Para que tuviesen patas me habla abastecido en la cocina de palitos de fósforos ya quemados y ya habla parado al primero de aquellos sobre cuatro de éstos y estaba modelando el segundo, cuando advertí que el recién creado, malcriado, se había atravesado las patas de barriga a lomos y por estos le salían. Arrojé lejos de mí la pelota de arcilla y así se perdió Venezuela de un buen escultor.

¡Qué manera de empezar! ¿Verdad? Otro que fuese prudente allí se habría quedado y sin embargo éste viene a hablarles de artísticas hechuras suyas. Y nada menos que de mujeres, tan difíciles de modelar, tan exigentes siempre de que sean manos expertísimas las que les hagan cejas bien arqueadas, les maten mejillas de saludable color, les pongan bocas como brasas encendidas para quemantes besos y para la

oportuna defensa en el momento dado, les afilen, les pulan y les pinten las uñas.

¡Ah! Pero aquí viene lo segundo, bueno también de ser conocido para que mejor se expliquen algunos aciertos míos en composiciones de mujeres.

La suerte generosa me dio por madre a la más buena mujer del mundo y luego tuve la prudencia de escoger esposa entre las mejores también.

Del maternal arrimo de la primera, me separó temprano la desventura de su muerte, pero fue tanta la ternura con que trató de formarme corazón aquella dulce y silenciosa Rita Freire de Gallegos, que se consumió pronto en la concepción y en la crianza de sus hijos, que no podía reservarme la vida contratiempos, fracasos ni desengaños que me enturbiasen la emoción original de la bondad. En cuanto a la segunda, que aquí conmigo viene recorriendo trecho de adversidad, míresela a los ojos y ya se descubrirá que me hace tierna y provechosa compañía.

Pero de que es difícil meterse con mujeres y salir airosamente, no puede haber dudas, y las opiniones de mis críticos están divididas entre que las literarias mías carecen por completo de densidad humana y que si alguna tienen vaya usted a ver de donde les provenga. Qué-dame, sin embargo, el consuelo de que el propio autor de la efectiva y real humanidad no se aventuró a la creación de Eva, sino después de haber adquirido toda la experiencia que le dieran los trabajos de los cinco días o épocas anteriores. Que quizás fueron seis completos, porque el sexto fue para Adán y ya sería bien entrada la noche cuando el varón dormido se dejó extraer la costilla. ¡Y hay que ver la cantidad de cosas que ya había hecho Jehová! Palmeras cimbreantes, como ensayos de talles esbeltos; flores olorosas; gráciles gacelas de hermosísimos ojos y... Bueno. Había hecho también leonas, lobas y hasta arpías. Pero de esto no hay que hablar. Fueron entretenimientos sin miras experimentales.

De todos modos, yo les confieso a ustedes que yo habría empezado por Eva, con todo y aquello de los borreguitos que ya les conté. Estoy seguro de que, por lo menos, así habría encontrado Adán limpio de alimañas el Paraíso, dadas las conocidísimas grimas que todas ellas les causan a la sensibilidad femenina. Y vale la pena detenerse a pensar en la de sufrimientos que nos habríamos ahorrado si en aquellos críticos días no anda arrastrándose por allí aquella serpiente.

¿Que por qué, entonces, comencé yo *Doña Bárbara* con la oración de Santos Luzardo y *La Trepadora* con la de Hilario Guanipa? Pues, subconscientemente, por la milenaria petulancia, quizás, que se nos haya asentado en el fondo del corazón, a los varones, a causa de la aparente divina preferencia por Adán; pero deliberadamente, porque el primero de aquéllos remontaba, en perezoso bongo, el largo –peligroso y solitario río llanero, nada más que para encontrarse con Doña Bárbara, a quien de algún modo ya tenía metida entre cejas, y el segundo llegaba a caballo, alardosamente, a su región natal, criadora y cobijadora de cafetales, donde, por pascuas de Navidad, ya su buena suerte le tenía destinada a la dulce Adelaida.

Y heteme ya aquí desempeñando un papel, que no me corresponde y para el cual no tengo vocación: el de crítico de mi propia obra.

Y he de advertir que respeto mucho a los críticos y nunca he entablado diálogo con los míos, sino que al producir mis hechuras literarias las abandono en seguida a su propia suerte, como a seres reales que ya no me pertenecen y son de la vida sí positivamente poseen vitalidad o de la muerte, en caso contrario, y a la cual se los dejo –lamentándolo mucho, desde luego– como dejé aquel borreguito, malatravesado de patas para arriba.

Porque sí intento rescatarlos de la sentencia de muerte que le hayan dictado mis críticos, podría sucederme como le ocurrió a cierto enfermo a quien le llamaron médico, que, después de haberlo observado un rato en silencio, díjole:

- Ya sé lo que le pasa. ¿Le duele la cabeza, verdad?
- No, doctor –murmuró el quebrantado, tratando de sonreír.
- ¿Y la garganta?
- Tampoco, doctor.

Y luego, atreviéndose un poco, para no ser tan paciente:

— ¿Por qué no empieza por los pies, doctor? Lo que me pasa está más cerca de ahí.

Pero el facultativo siempre visitaba su clientela provisto de recursos de ironías, a falta de otros instrumentos y en seguida exclamó:

— ¡Con que le duelen los pies! ¿Y por qué me negó que le doliera la cabeza?

Mas yo no tengo motivos para guardarle rencor a mis críticos, que han sido muy generosos conmigo –aquí Jorge Mañach entre ellos, con